

El proceso neoliberal chileno a cuatro décadas del golpe de Estado

*O processo neoliberal chileno quatro décadas
depois do golpe de Estado*

*Chile's neoliberal process, four decades
since the coup d'État*

*Pablo Cuevas Valdés**
*Teresa Rojas Martini***

Resumen

Para entender el Chile de hoy es necesario analizar los procesos de transformación que dieron paso a las actuales estructuras político-económicas. En Chile, el proceso de cambio del patrón de reproducción del capital industrial al de especialización productiva trajo consigo la ruptura de las formas de legitimidad política asociadas al primero. En un principio, dicha ruptura tomó la forma de un autoritarismo violento que, entre otras cosas, extremó la explotación, desreguló el trabajo y redujo el salario indirecto aportado por el Estado, sin embargo, posteriormente logró construir un orden político y económico que otorgó un patrón de legitimidad a la nueva estructura de reproducción social. De esta forma, el artículo está orientado a visitar la unidad del proceso político y económico en un contexto en el que el patrón de legitimidad del actual orden económico y político comienza a dar señales de haber entrado en crisis.

Palabras clave: neoliberalismo, Chile, reproducción del capital, patrón de legitimidad, transición, democracia.

Resumo

Para entender o Chile de hoje é necessário analisar os processos de transformação que levaram às atuais estruturas político-econômicas. No Chile, o processo de mudança do padrão de reprodução do capital industrial ao de especialização reprodutiva trouxe consigo a ruptura das formas de

* Licenciado en Antropología Social por la Universidad Académica de Humanismo Cristiano (UAHC), Chile. Maestro en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede México. Doctorando del Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). E-mail: <pablocuevasvaldes@gmail.com>.

** Licenciada en Antropología Social por la Universidad Académica de Humanismo Cristiano (UAHC), Chile. Maestra en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Doctoranda del Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). E-mail: <teresarojasmartini@hotmail.com>.

legitimidade política associadas à primeira. Inicialmente, tal ruptura tomou a forma de um autoritarismo violento que, entre outras coisas, levou ao extremo a exploração, desregulou o trabalho e reduziu o salário indireto concedido pelo Estado, entretanto, conseguiu, posteriormente, construir uma ordem política e econômica que outorgou um padrão de legitimidade à nova estrutura de reprodução social. Desta forma, o artigo está orientado a visitar a unidade do processo político e econômico em um contexto no qual o padrão de legitimidade da ordem econômica e política atual começa a dar sinais de haver entrado em crise.

Palavras chave: neoliberalismo, Chile, reprodução do capital, padrão de legitimidade, transição, democracia.

Abstract

To understand the Chile's current situation, it is necessary to analyze the transformation process, which allowed the establishment of the existing political and economic structure. Changes on the capital industrial reproduction model, which led to a reproduction specialization model, brought in legitimacy issues on the system. Initially it allowed the emergence of a violent authoritarian regime, which among other things, violated individual rights, deregulated labor and cut down government subsidies on wages. This new authoritarian regime eventually brought in political and economic stability in the country, providing legitimacy on the new structure of social reproduction. This article is aimed at revisiting the centrality of the political and economic process in the context of the current legitimacy model showing signs of crisis.

Keywords: neoliberalism, Chile, capital reproduction, legitimacy model, democracy.

A cuatro décadas del golpe de Estado de 1973 y del inicio de la dictadura militar chilena, se respira un aire enrarecido. En el ámbito de los medios de información, los diagnósticos son diversos, con lecturas que dan variable importancia a un escenario caracterizado por un claro incremento de la movilización social, y análisis que suelen quedarse en la coyuntura.

La reciente irrupción de un movimiento estudiantil organizado ha logrado colocar en el plano del sentido común una crítica al “modelo económico” chileno y a su institucionalidad política, crítica que a su vez ha trascendido a distintos ámbitos de la vida social, expresándose en el estallido de otros movimientos de base vinculados al mundo del trabajo y a comunidades. El presente artículo pretende aportar una visión general del proceso en el que se inserta esta coyuntura reciente. No tiene por objeto reflexionar en torno a la contingencia actual o al significado de este nuevo escenario, más bien nuestro esfuerzo se centra en un paso previo, es decir, realizar una lectura amplia del proceso histórico en el que se enmarca la realidad contemporánea.

Desde nuestra perspectiva, no es posible entender lo que sucede hoy en Chile si no se entiende el proceso total que lo explica, éste es el primero de los pasos a seguir. En otras palabras, para leer el Chile de hoy e intentar una “recapitulación lúcida” de lo que ha ocurrido es necesario tener presente el proceso histórico que configura y da origen a aquello que se ha denominado como el “Chile actual”.

Para esto, un ejercicio fundamental es no permanecer en el campo cerrado de cada una de las disciplinas sociales, sobreentendiendo que lo político, lo económico, lo social y lo cultural operan en planos diferentes y ajenos entre sí; por el contrario, pensamos que para generar una visión global de la realidad chilena de las últimas décadas, un elemento fundamental es reconstruir la unidad del proceso. En este sentido, el presente artículo plantea el cambio del patrón de reproducción del capital en Chile, con el proceso político de la dictadura, la posterior democracia procedimental, y los dispositivos socioculturales que se han acoplado al mismo, dejando de lado una descripción minuciosa de los momentos particulares a fin de favorecer una visión de conjunto. De esta manera, se plantea que el actual patrón de reproducción de capital demandó un particular patrón de legitimidad política (Osorio, 2012) que operó eficazmente durante las décadas de 1990 y 2000. No obstante, al finalizar dicho periodo comenzó a mostrar fisuras importantes, lo que plantea interrogantes pertinentes respecto del sentido del nuevo escenario.

Los cambios en el patrón de reproducción del capital y “el modelo”

Con cierta ambigüedad suele referirse el “modelo económico chileno” como el resultado de la aplicación de una serie de políticas económicas desde 1974 –a las que deben sumarse otras sociales– usualmente caracterizadas bajo la denominación de “neoliberales”, dada su vinculación con la escuela de pensamiento del mismo nombre. Además, se asume un cierto orden institucional, resultado, tal como “el modelo”, de su ejecución por la dictadura militar. Lo anterior no es, de ninguna manera, erróneo si se entiende esta división entre el proceso económico y el político en términos analíticos; lo es, sin embargo, si luego se olvida que ambos son parte de un proceso mayor que los contiene y que en cierto sentido los antecede: el cambio del patrón de reproducción del capital¹ en Chile, desde uno industrial que entra en crisis, a uno exportador de especialización productiva (Osorio, 2009), proceso en el que lo político y lo económico conforman una unidad diferenciada.

La versión “oficial” señala que el punto de partida “cuasi mítico” del “modelo” es la deriva causada por una mala administración económica de parte del gobierno de la Unidad Popular (UP) (1970-1973), en el que la respuesta “creativa” a la crisis allí

¹ *Patrón de reproducción del capital* (Osorio, 2004) es un concepto amplio, que permite caracterizar la reproducción del capital en tiempos históricos y espacios geográficos determinados, de acuerdo a los distintos sectores o ramas que el capital privilegia, dejando a su paso “huellas a base de repeticiones” (*Ibid.*:56), y las contradicciones que este proceso genera. Esta noción remite además a los ordenamientos políticos y sociales que permiten ese formato específico de valorización del capital. Más allá de las particularidades de las economías y sociedades nacionales, América Latina, históricamente, ha coincidido en líneas generales en su patrón de reproducción.

provocada habría tenido por resultado “el modelo”. Pensamos que ese análisis no es del todo correcto, pues debe tenerse presente que al comenzar el gobierno de Salvador Allende, en 1970, la economía chilena mostraba evidentes fisuras, síntomas de una crisis profunda en la reproducción local del capital, así como también una crisis del sistema de dominación y los acuerdos entre clases que entraban en contradicción con los requerimientos del capital. Sin pretensión de profundizar en la explicación de la crisis del patrón industrial, debemos señalar al menos algunos puntos generales que dan cuenta de varias transformaciones que anteceden a los cambios impuestos por la dictadura y que se relacionan con éstos. El proceso de cambio del patrón de reproducción del capital en Chile respondió a una crisis interna, aunque sin duda en interacción con –y parte de– la crisis mundial capitalista, pero con elementos particulares claros. Se trata de una crisis de agotamiento de todo el patrón de reproducción del capital industrial, y además del agotamiento del modelo de desarrollo –la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI)– para continuar facilitando esa modalidad específica de reproducción del capital; una crisis de los acuerdos de clase y en las tensiones intra-burguesas que comenzó a suponer ese proyecto modernizador y una crisis del sistema de dominación. Finalmente, luego de 1970, con el gobierno de la UP, una crisis político-institucional derivada de la inconsistencia entre el poder real en la sociedad, cristalizado en el Estado, y una administración del aparato de Estado que pretendía hacer una revolución desde allí, controlando sólo la dimensión formal institucional del Estado.

Por una parte, la agricultura, punto débil de la ISI en Chile, mantuvo cifras desastrosas desde que se instaurara el proyecto modernizador industrial a fines de la década de 1930, donde pactaron la burguesía urbano-industrial, los terratenientes, los obreros industriales y algunos sectores financieros (Marini, 1976), en el contexto del denominado Frente Popular. Sin ahondar en la materia, es necesario mencionar de manera sucinta algunos elementos. El abaratamiento de los alimentos básicos –bienes salarios–, necesario para aumentar la parte del salario que los obreros urbanos pudieran destinar al consumo de los productos industriales que la industria doméstica lanzaba al mercado, se realizó vía una política programática de control de precios agrícolas, lo que tuvo como efecto una baja en las ganancias del agro, descapitalizando a la agricultura y tornando inútiles las tentativas de modernización de ese sector impulsadas desde el propio Estado, aplicando a su vez una mayor explotación del trabajo entre los asalariados rurales (Cuevas Valdés, 2012; Santana, 2006). Como lo dijera André Gunder Frank (1979) para las economías latinoamericanas, lo que sucedió allí fue “el desarrollo del subdesarrollo” del agro chileno. Y el descontento provocado por este contexto es un elemento determinante en la efervescencia agraria de fines del periodo, que se une a la necesidad del modelo industrializador de contar con una agricultura eficiente –y evitar así la fuga de divisas por la importación de alimentos– y a las presiones internacionales, en un escenario de crisis del sector que desemboca en la Reforma Agraria Chilena (1965-1973). Una agricultura en estas condiciones no

favorecía la reproducción del capital por medio de la industria, dadas las dificultades macroeconómicas y contradicciones sociales que generaba.

Por otra parte, desde el punto de vista industrial, la década de 1960 es considerada como un periodo de estancamiento. Sin embargo, como bien lo señala Ruy Mauro Marini (1976), más que un estancamiento existía un cambio estructural, un desplazamiento del eje de la acumulación de capital desde las industrias tradicionales –textiles, vestido, calzado, etcétera, en el que predominaba la mediana y la pequeña burguesía– hacia industrias dedicadas a la producción de bienes más extravagantes y suntuarios para tales condiciones (industria automotriz y electrodomésticos), en donde predominaba el gran capital nacional y extranjero. Esto genera una dinámica de división en la burguesía que favorece a los proyectos de las clases trabajadoras y particularmente la elección de Salvador Allende (*Ibid.*) y con ello, la llegada de un gobierno que pretendería hacer una revolución socialista desde la institucionalidad liberal.

De esta manera, la reproducción del capital se estaba reacomodando y buscando modalidades más convenientes desde antes de la elección de Allende, y con ello iba también fracturando el sistema de dominación, lo que en parte se expresa con el triunfo de Allende como presidente. A ello se suma el problema agrario, que se transformaba en un freno al deseado proceso de industrialización. A este contexto de crisis económica y política debe sumarse el triunfo de la UP, que comenzaba a poner en tela de juicio la propiedad privada y amenazaba con destruir su posición a quienes tenían el poder social, utilizando la vía institucional. El resultado no se hizo esperar, y el golpe de Estado arrasó con ese gobierno, teniendo claro que la “restauración del orden” implicaba una respuesta en favor de una clase, pero sin la misma claridad respecto a cuál sería el proyecto específico mediante el que se haría esa restauración.

Sin embargo, el gobierno de la UP tuvo la capacidad-efecto de unificar los intereses de todos los sectores de la burguesía, antes en conflicto, frente a un enemigo común. Quizás lo hizo poniendo a prueba aquello que Wright Mills (1956) denominara como el “acuerdo fundamental” de una élite. Este acuerdo, en el caso de la burguesía chilena, consistía en la conservación de su posición como clase dominante, que dependía de la existencia de la propiedad privada, cuestión que Allende parecía poner en tela de juicio. El gobierno socialista no fue capaz de despojar de su poder real a la burguesía, por lo que ésta recuperó su posición apenas cuestionada mediante el uso de la fuerza. Esto explica, por ejemplo, el conocido apoyo del Partido Demócrata Cristiano al golpe de Estado. Luego se decidiría cuál sería el proyecto burgués específico, lo urgente era eliminar aquello que arriesgaba lo que el “acuerdo fundamental” protegía.

Ante ese “vacío” que sucede al Golpe –ante ese “y ahora qué...”– es que aparece la propuesta neoliberal como aquella defendida por un sector de la burguesía –que ahora se tornaba en el dominante– que previamente, en 1970, había tomado la forma de documento al ser planteada como el programa de gobierno del candidato Jorge Alessandri. Debe notarse que, previo a la UP, la reproducción del gran capital ya reclamaba una política más favorable a su sector, la cual se materializaba en un programa de gobierno concreto. Dicho texto –*El ladrillo* (CEP, 1992)–, redactado por profesores de economía de la Universidad Católica, cristaliza en buena medida la propuesta de la corriente económica monetarista, y se transforma luego de 1974 en el programa de gobierno de la dictadura. Ese documento, inspirado en una teoría importada pero que refleja intereses de un sector de clase concreto, es el origen del llamado “modelo”.

“El modelo”, el “neoliberalismo” mundial y el nuevo patrón de reproducción del capital

La vinculación entre el patrón de reproducción de capital y el modelo de desarrollo aparece aquí de manera evidente: el capital se sirve de la política programática (como de otros instrumentos) para facilitar su ciclo de reproducción, y un modelo económico tiende a ordenarla y coordinarla para estos efectos; posterior a ello, un orden institucional tiende a su vez a organizar los elementos político-institucionales y jurídicos del funcionamiento de la sociedad para que éstos no se contradigan con la forma particular en que el capital se reproduce. En Chile, la unidad de este proceso es claramente visible debido al orden autoritario, y es quizá un caso excepcionalmente esquemático, por el hecho de que casi de manera simultánea a la ejecución del “modelo económico” se refundó una nueva institucionalidad política desde cero, la cual se adecuó y consolidó a la nueva forma de reproducción del capital, y ello en ausencia de negociaciones sociales.

Un modelo de desarrollo –en abstracto– responde a una determinada visión global de la sociedad, a una ideología, en lo que no es sino también una vinculación histórica y práctica entre los requerimientos de la reproducción del capital (de algunos sectores del capital nacional e internacional) y las maneras de pensar la sociedad. De esta forma, el llamado “neoliberalismo” –o lo que bajo esa palabra ha sido nominado– es más que sólo un grupo de políticas económicas organizadas en un paquete coherente, es también una concepción de la sociedad, una utopía, que se explica en el contexto de un proceso histórico cuya escala es evidentemente mayor a la del país que estudiamos, y a la de la región latinoamericana.² Según David Harvey, el neoliberalismo

² Como ya se dijo, diversos elementos particulares internos son indispensables para comprender la manera en que ocurre el cambio en el patrón de reproducción de capital en Chile, sin embargo, si

es una teoría de prácticas de política económica que sostiene que la manera óptima de promover el bienestar del conjunto de la sociedad “(...) consiste en no restringir el libre desarrollo de sus capacidades y de las libertades empresariales del individuo, dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad fuertes, mercados libres y libertad de comercio” (2007:6). El papel del Estado, de acuerdo a esta concepción –al menos en la teoría– debe restringirse a la preservación del marco institucional apropiado para el desarrollo de estas libertades.

El desarrollo de esta utopía, a nivel mundial, se mantuvo latente en sectores minoritarios entre las élites y los intelectuales de los países centrales durante la postguerra (Amin, 2001a), época caracterizada, en términos globales, por la predominancia de la acción del Estado en la economía, y por economías nacionales con una mayor orientación al mercado interno, en modelos como el desarrollismo latinoamericano. Pero ante la crisis que comienza a afectar a la economía global desde finales de la década de 1960, emerge con fuerza la ideología neoliberal como solución, de la mano de su teoría económica y su ala más pragmática: el monetarismo. En este proceso se funde la historia del pensamiento neoliberal del mundo central con los procesos particulares del austral país periférico.

La crisis de la etapa de postguerra fue mundial, y se debió a una reducción de la tasa global de ganancias del capital. Por regla general, preponderaron en esta etapa, tanto en el mundo industrializado como en Latinoamérica, modelos económicos que –tanto por la constitución de mercados internos fuertes, así como lograr una “estabilidad social” y evitar revoluciones– estaban basados en un “compromiso de clases” entre el capital y el trabajo, el cual suponía una participación creciente del trabajo en el excedente. Como señala Harvey: “Una condición del acuerdo posbélico en casi todos los países fue que se restringiera el poder económico de las clases altas y que le fuera concedida a la fuerza de trabajo una mayor porción del pastel económico” (2007:21). Y como se vio, Chile, durante el periodo, no se encuentra ajeno a esta regla. En el ámbito mundial esto no fue problema, y garantizó una relativa “paz social” mientras estos esquemas mantuvieron el crecimiento económico. Pero todo cambió durante la década de 1970, cuando se redujeron drásticamente las ganancias del capital. Surgió así una necesidad del capital en el ámbito internacional: restaurar su posición.

En este capítulo de la historia mundial contemporánea el caso chileno reviste una notable importancia, pues fue el primer lugar donde se aplica esta política denominada

se entiende este proceso como inserto en la dinámica mundial, el caso se vuelve útil no sólo para explicar el proceso de la región y del mundo sino que además facilitamos la comprensión del propio caso chileno.

neoliberalismo. Después de su violenta llegada al poder, la dictadura militar realizó esas transformaciones profundas en la estructura económica y social del país. Luego de una breve deriva política, los militares terminaron aceptando la orientación de ese grupo de economistas conocidos como los *Chicago Boys*, seguidores de Milton Friedman.

En este nuevo y agresivo proyecto, es el gran capital, en sus diferentes fracciones, el que termina por imponer sus condiciones en alianza con el capital extranjero. Articulado con las readecuaciones que comienzan a tener lugar en el sistema mundial, producto de la crisis de la economía de la posguerra, el nuevo proyecto modernizador supuso la eliminación de los “acuerdos de clase” que constreñían las ganancias del capital, y la eliminación de las restricciones que dificultaban que la producción tuviera por mercado “el mundo”, desvinculando el salario de la realización de la producción fundamental, ahora dirigida al mercado externo. En resumidas cuentas, se trataba en muchos sentidos de un proyecto de retorno al “liberalismo” decimonónico, como bien ha sido señalado por varios autores (Osorio, 1999; Portes y Hoffman, 2003).

Perry Anderson (2003) asigna a la dictadura militar chilena el “mérito” de haber anunciado el desencadenamiento del ciclo neoliberal a nivel mundial en la presente fase histórica. Harvey (2007), por su parte, posiciona este caso como el precedente mundial, como el experimento de la Universidad de Chicago para demostrar la validez de sus teorías: “(...) sirvió para proporcionar una demostración útil para apoyar el subsiguiente giro hacia el neoliberalismo tanto en Gran Bretaña (bajo el gobierno de Thatcher) como en Estados Unidos (bajo el gobierno de Reagan) en la década de 1980” (*Ibid.*:15). Ffrench-Davis (2004) destaca la singularidad del proceso chileno, señalando que éste es el principal caso de aplicación moderna de la ortodoxia monetarista, por su pureza, profundidad y extensión de su cobertura; su prolongada vigencia (1973-1982 en la etapa ultra-liberal, 1982-hasta la actualidad, en su fase pragmática), y la publicitación que se hizo del caso a nivel mundial como éxito.

El caso de Chile se articula a las transformaciones de la economía mundial recibiendo su influencia e influyendo, dado que mostró la aplicación concreta de la teoría de aquellos sectores que pujaban por una salida liberal a la crisis de la economía de posguerra. De manera simultánea a que el fantasma de las revoluciones socialistas comenzaba a quedar en el pasado, Chile proporcionó al mundo un ejemplo concreto de cómo el debilitamiento de los “acuerdos de clase” y la eliminación de las restricciones al libre comercio mundial, desvinculando el salario del consumo –cambiando la orientación del mercado al que está dirigida la producción– podían ser útiles para reconcentrar la riqueza y recuperar de esa manera la tasa de ganancia del –gran– capital. El caso de Chile, con su incorporación al mercado mundial con base en una economía abierta, con un Estado subordinado al capital transnacional, con clases trabajadoras desprotegidas y con nula capacidad de respuesta, mostró un sendero más allá de la teoría.

En la aplicación práctica del “modelo” es factible distinguir dos fases: una primera, que va de 1973-1974 a 1982-1983, con características más extremas –debido a la necesidad de poner en marcha las reformas estructurales que construirían el nuevo modelo– siendo esta fase más “ideológica”, si se prefiere, y una segunda fase, de aplicación menos doctrinaria del cuerpo neoliberal luego de la crisis de la deuda, desde 1982. En una primera etapa las transformaciones económicas se localizaron en los campos fiscal, financiero, laboral, relaciones económicas con el exterior y propiedad pública (privatización). Luego se llevaría adelante una profunda reforma previsional. En general, el campo de acción económica del Estado se restringió fuertemente en todas estas áreas.

La reforma tributaria fue la primera medida. Se eliminó el impuesto a las ganancias del capital y al patrimonio. Se pretendía lograr una carga tributaria “neutra”, que no “distorsionara” la asignación de recursos que de manera “imperceptible” haría el mercado.

Otra política fue la reducción del gasto público de todo tipo, se privatizaron los bancos –estatizados por la Unidad Popular–, se liberalizaron las tasas de interés, se desreguló el crédito y se autorizó el establecimiento de nuevas casas financieras –con muy pocas limitaciones– y se fijó una tasa de cambio única en 1975. También se eliminó la totalidad de las restricciones arancelarias y todo tipo de mecanismos de control de precios. Se privatizaron las empresas del Estado, tanto las expropiadas durante el gobierno anterior como aquellas creadas por el Estado a lo largo del ciclo industrializador. En 1980 se privatiza el sistema previsional.

A todo lo anterior se suman las reformas en el plano social, tendientes a la creación de “una sociedad competitiva de hombres libres” lo que supuso cambios en el sistema universitario y escolar, en las prestaciones de salud, colegios profesionales, organizaciones estudiantiles y –con una importancia gravitante para el modelo– en los sindicatos, lo que disminuyó el poder de negociación del trabajo sobre el salario e influyó en la caída de los salarios reales (*Ibid.*).

Esta “sociedad competitiva de hombres libres” se inspira en una “utopía” mediante la cual la llamada “mercantilización de todas las cosas” (Wallerstein, 1989) se hiciera realidad, llevando la lógica del mercado a todos los planos de la sociedad, donde el mercado es el medio y el lugar donde los hombres interactúan “libres” unos con otros.

Como lo señala Garretón (1984), el modelo cultural de esta refundación societal comprende una visión negativa del proceso de las décadas precedentes. El sistema político y la creciente preeminencia de lo estatal serían las causas centrales del estancamiento económico (falta de libertad individual colapsada por un Estado que la

ahoga). Se reivindica la propiedad privada como único fundamento de la libertad individual y política, y ello debe quedar garantizado por el predominio de las leyes del mercado en todas las esferas de la vida nacional.

La crisis de la deuda de 1982 representa un parteaguas en la realización de esta utopía ultra-liberal. En respuesta a dicha crisis la dictadura debió ajustar sus políticas para enfrentar la severa restricción externa y estimular la recuperación interna. Comienza desde esos años una nueva etapa, más pragmática –como se dijo–, que supuso la reversión de algunas de las primeras reformas. A finales de 1981 la dictadura tuvo que intervenir el aparato financiero, anticipándose a una insolvencia de los bancos, que pasaron a manos de la Superintendencia de Bancos y Compañías de Seguro. Con ello “se sintió la señal de que algo andaba mal en la puesta en práctica del modelo de los Chicago Boys. (...) el mito del Estado liberal no interventor se vino al suelo” (Zapata, 1985:215).

La sensación de fracaso del nuevo proyecto fue transversal, y los indicadores reales que sustentaban esa percepción eran contundentes: caída del Producto Interno Bruto (PIB), crisis financiera, crisis de balanza de pagos, paralización agrícola, destrucción industrial y desocupación de un tercio de la fuerza de trabajo. Los sectores productivos –agricultura, industria, minería y construcción– redujeron su participación en el Producto Geográfico Bruto (PGB) del país desde 48.8 por ciento en 1974 a 42.1 por ciento hacia 1982 (Foxley, 1984).

Luego de esta crisis, lo prioritario fue generar un superávit comercial a fin de disminuir la deuda externa. Para ello se redujeron las importaciones y se promovieron las exportaciones mediante un aumento del arancel uniforme; se echó mano de una batería de instrumentos para estimular las exportaciones, y se adoptó una política cambiaria destinada a fortalecer la competitividad externa de la economía chilena y la capacidad de generar divisas (Ffrench-Davis, 2004). La suma de las políticas restantes de los años setenta y de los ochenta termina por conformar un modelo coherente que favorece el tránsito del capital por su ciclo en un nuevo patrón de reproducción que tiene por característica fundamental el ser exportador –desvinculado de la producción del consumo interno– y de especialización productiva, lo que, dado el incipiente desarrollo industrial previo, *reprimarizó* la economía.

En términos generales, la política económica apuntó a reducir el papel de los asalariados en el consumo, su participación en el mercado, propiciando una concentración del ingreso y generando una aguda polarización social; se elimina la protección a la industria, y la competencia y el mercado se establecen como mecanismos privilegiados de asignación de recursos. Esto es compatible con la política exportadora que deriva en la “apertura” (Osorio, 2004).

Lo anterior se acompaña de una reestructuración económica a partir de la especialización productiva, puesta como ventajas comparativas en el contexto exportador. Los cambios en los sectores o ramas que el capital privilegia para su reproducción son sumamente claros si se da un vistazo a algunas cifras. Durante el periodo que va de 1950 a 1974 (momento donde se encuentra consolidada la industria) la participación del sector secundario en el PGB es de 24.1 por ciento, en tanto que para el periodo 1975-1989 dicho promedio se reduce a 21.1 por ciento.³ La pérdida de peso de la industria parece clara, dando cuenta de un proceso de reestructuración “(...) en el que antiguas ramas, algunas consideradas estratégicas en proyectos anteriores, han perdido presencia” (Osorio, 1999:96). A ello también debe sumarse el hecho de que hay cambios en el tipo de industria (misma en la que invierte el gran capital), ganando peso los procesos industriales cuyos productos son a su vez insumos (como la celulosa, la harina de pescado, los *chips* de madera, etcétera) o de baja tecnificación (como los vinos), y perdiendo peso la industria de electrodomésticos, automotriz, e incluso las tradicionales (como la textil, del calzado, etcétera).

Los datos acerca de las exportaciones dan cuenta de la misma tendencia. La orientación exportadora del modelo se hace evidente al verificar que las exportaciones en dólares corrientes aumentaron más de 400 por ciento entre 1985 y 1995, la participación de éstas en el producto se elevó de 28 a 34 por ciento en el mismo periodo, y hubo una diversificación de bienes y del destino de las exportaciones (Repetto, García & Meller, 1996). El aumento de las exportaciones ocurre mayoritariamente en sectores primarios (como puede apreciarse en el cuadro 1), siendo el peso porcentual de los bienes primarios en las exportaciones más del doble en 2007 respecto de las de 1970, con una consecuente caída relativa de las exportaciones industriales.

Cuadro 1
Composición de las exportaciones chilenas según categorías
(miles de dólares)

	1970		2007	
	valor	%	valor	%
Bienes primarios	163,294	13.2	22,791,145	35
Bienes industrializados	1,068,841	86.6	40,920,337	62.8
Total	1,233,610	100	65,169,115	100

Fuente: elaborado a partir de la *Base de datos y publicaciones estadísticas* (CEPALSTAT, 2014).

³ Cálculo de Osorio (1999) a partir de datos de la CEPAL.

De esta forma, para Chile la especialización productiva del nuevo patrón de reproducción del capital, que facilita la política neoliberal, tiene como efecto una reestructuración profunda de toda la economía. Y esto no deja de relacionarse con la totalidad del metabolismo social dado que, como se ha dicho, este dato no está aislado de su dimensión política.

Si en la economía se producen rupturas (la concentración económica, la precarización laboral, el fin de la función benefactora-redistributiva del Estado, etcétera), en la política la “ruptura” –simultáneamente política– deberá ir, lentamente, como veremos a continuación, transformándose en “sutura”.

Rupturas y suturas políticas⁴ del cambio en el patrón de reproducción del capital

Lo que se denomina como “la sociedad chilena contemporánea” se presenta como el resultado de un proceso histórico con importantes transformaciones estructurales, como hemos visto, fundamentalmente a nivel económico y político-administrativo, pero que también tuvo importantes implicaciones a nivel sociocultural. Tomás Moulian (2002), en su conocida obra *Chile actual. Anatomía de un mito*, destaca que, en tanto producto de la dictadura militar, la sociedad chilena se presenta como algo *sólido*, resultado de la *opción más razonable* para el desarrollo del país y consecuencia de la conjugación de poder entre militares, intelectuales neoliberales y empresarios. El poder de este bloque se habría extendido en el plano del Derecho, estableciendo un cuadro normativo y jurídico favorable al proyecto de la dictadura, pero alcanzando el plano de los cuerpos y el del saber, permitiendo que el terror y el conocimiento operaran para conseguir sin mayores objeciones la aceptación ciudadana ante estas transformaciones.

Estos elementos fueron los que habrían permitido llevar a cabo lo que para Moulian (*Ibid.*) sería una verdadera *revolución capitalista*, cuyas principales características consistirían en que: 1) fue una contrarrevolución, pues se conformó como una negación del proyecto de la UP y sus implicaciones –en este sentido, la idea de contrarrevolución resulta aquí más elocuente que la de revolución que destaca Moulian; 2) fue llevada a cabo por la figura “socialmente neutra” de los militares, y 3) se realizó con la ayuda de intelectuales orgánicos formados bajo la ideología económica liberal, popularmente conocidos como los *Chicago Boys*.

⁴ El aislamiento de la política del resto de las dimensiones de lo social se lleva a cabo como mero ejercicio analítico, sin embargo, constantemente se hará referencia a su ineludible imbricación con el resto de la totalidad, ya que su omisión haría imposible intentar comprender a cabalidad el proceso.

El proceso se condujo al amparo de una ideología que lo justificaría, paradójicamente, en nombre de la necesidad de restaurar la “democracia” ante la supuesta amenaza que habría implicado el gobierno socialista de Allende, pues el miedo y el rechazo frente a términos e ideas como “dictadura del proletariado”, así como el temor instaurado en la población frente a la incertidumbre existente en el periodo, condujeron a generar una identificación negativa por oposición frente al proyecto de la UP. Siendo así, el golpe de Estado, el bombardeo a La Moneda y la represión posterior fueron representados y justificados como los pasos necesarios para restablecer el orden al interior del país. De igual manera, el discurso hegemónico de la época encontró un fuerte anclaje argumentando la aparente contradicción que se presentaba entre la conducción política del país y su desarrollo económico.

Durante el periodo sobrevienen rupturas que serán las que en definitiva precisen los cambios en el patrón de reproducción del capital y en la institucionalidad. En primer lugar, la ruptura que se inicia con el Golpe de 1973 entre política y economía, y, posteriormente, las rupturas que se dan en cada una de estas dimensiones durante los gobiernos de la Concertación.

En el caso particular de la política, se advierte que el capital apunta a destruir la idea de que existe desigualdad, por lo que se fomenta el imaginario de que en democracia todos los “ciudadanos” son iguales; esto al amparo de aquel relato que señala que el Estado es producto de un contrato social, así como de aquel otro que apunta a impostar la democracia y la ciudadanía como equivalentes al voto y las elecciones. De esta forma, las desigualdades que devienen del modelo económico imperante no son vistas como consecuencia de la política, sino el resultado de los esfuerzos individuales y los vaivenes de aquella entidad “neutra” que es el mercado.

En términos de políticas económicas, dicho a grandes rasgos, de 1973 en adelante se observa una creciente disminución del peso del Estado en la toma de decisiones de los empresarios; la consolidación de un mercado externo permite comenzar a prescindir cada vez más de las políticas redistributivas, y el aumento de la demanda ya no depende directamente de los salarios de los trabajadores sino de los créditos de consumo.

Se da también un sometimiento institucionalizado del trabajo al capital a fin de conseguir competir en una economía abierta. Según el análisis de Moulian (*Ibid.*), durante los gobiernos de la Concertación el lema “crecer con equidad” se vio aplastado por las cifras que evidencian la enorme desigualdad en la distribución de los ingresos y la baja participación de los sectores más pobres en la economía, pese al aumento del gasto social si se compara con lo ocurrido durante el gobierno de Augusto Pinochet. La pregunta es: ¿cómo ha sido posible sostener dicha situación sin grandes protestas ni efervescencia social?

La política de consenso que caracterizó sobre todo al gobierno de “transición” de Patricio Aylwin (1990-1994) y, en alguna medida, al de Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000), se distinguió por estar enfocada a realizar un “blanqueamiento” de la historia reciente, en pos de un pretendido “bien común” o, como sugiere Moulian (2009), consistió en una especie de trueque en donde se canjeó la idea de estabilidad económica por el silencio respecto a los crímenes cometidos durante la dictadura. De igual forma, implicó la aceptación tácita de la idea de que el proyecto de la UP no había sido más que una utopía, en tanto que en la sociedad regida por Pinochet habrían existido *núcleos racionales básicos*. Éstos fueron finalmente heredados por los gobiernos democráticos de la Concertación, bajo una propuesta que señalaba: “los fines de la economía sólo requieren (se dijo) de ajustes, de cambios pequeños, mínimos. La única zona de cambios debía ser el sistema político” (Moulian, 2002:44). Dicho en otras palabras, la transición a la democracia y su asentamiento están marcados por la continuidad en las formas específicas de reproducción del capital y del “modelo económico” trazado por los intelectuales orgánicos de la dictadura y por la institucionalidad política que deviene de la Constitución de 1980: un sistema electoral que otorga poder de veto a la minoría de derecha, al mismo tiempo que impide transformaciones sustanciales en “el modelo”.⁵

Otro elemento importante a la hora de otorgar legitimidad al orden económico y político conseguido por la dictadura se relaciona con la redefinición de la política. Ya no se trata de una actividad común orientada a producir cambios sociales, ya que la política desplegada por el capital, en el caso chileno en particular, se caracteriza por la ausencia de historicidad y la imposibilidad de reestructurar las relaciones capital/trabajo. Más aún, durante los últimos cuarenta años en Chile, la política no ha implicado una discusión real sobre los fines a alcanzar o definiciones fundamentales de la vida en común. Además de haberse ido transfigurando en una discusión vacua, restringida a los aspectos técnicos, exclusivo de quienes son presentados como “competentes” en dichas materias.⁶

⁵ “Los gobiernos democráticos de la década del noventa (...) heredaron un modelo socioeconómico consolidado, con su contraparte en una sociedad fragmentada y desarticulada y en un modelo político establecido en la Constitución de 1980, el que aseguraba la intangibilidad del orden socioeconómico, tanto por un sistema electoral, que le daba poder de veto a la minoría de derecha constituida por los grupos políticos y civiles de apoyo a la dictadura, como por los mecanismos institucionales (*quorums*, leyes orgánicas constitucionales, etc.), que impedían los cambios sustanciales. (...) Se asumió en gran parte el sistema económico instaurado por la dictadura (Garretón, 2007; Moulian, 1997), para luego ir reformándolo y ajustándolo de manera gradual, particularmente en lo que se refiere al plano social y a la inserción internacional del país (Sunkel, 2006)” (Garretón, 2012:76-77).

⁶ “El problema sustantivo de la democracia posautoritaria nacional estriba en que los asuntos públicos son discutidos y analizados por las “élites de poder”, ya sean economistas, políticas y académicas. Éstas son las únicas que se sienten capacitadas para discutir los problemas de la sociedad. En los

Dentro de este contexto, al igual que en otros países de América Latina, se ha llegado a hablar de una crisis de la política y una despolitización de la misma.⁷ Como consecuencia de la ideología hegemónica del neoliberalismo, se promueve una política desideologizada, con la clara intención de fortificar el orden actual de las cosas y por lo tanto, sin ninguna posibilidad de transformación.⁸

Por último, el tercer elemento que ha resultado clave para la legitimación del orden neoliberal en Chile se relaciona con el mecanismo “paliativo” orientado a mitigar el efecto del aumento de la explotación a manos del capital y la creciente desigualdad social: el consumo. Para varios analistas del periodo (Garretón, 2012; Gómez Leyton, 2010; Moulian, 2002, 2004, 2009), el papel desempeñado por el consumo y su masificación, a través del crédito, ha tenido como consecuencia el “hacer más vivible” la flexibilización (o precarización) laboral o la mercantilización de los servicios sociales.⁹

Durante los gobiernos de la Concertación habría estado presente la constante del “*marketing* del éxito económico”, a través del despliegue de una campaña publicitaria que ha tendido a formar y reforzar –como elemento estratégico– la imagen de un “Chile exitoso”, “Chile Jaguar”, “Chile vencedor”. Esta agenda publicitaria se ha enfocado a desarrollar el orgullo patriótico, así como la identificación de la población con esta idea, para consolidar (y justificar) el modelo económico.

En otras palabras, más allá de las amarguras que experimenta día a día el ciudadano corriente, de la falta de oportunidades, de la baja calidad de la educación, transporte y salud, existe en el imaginario colectivo la idea de que son triunfadores, líderes en la región. Y si bien la confrontación directa entre esta imagen y la realidad debería producir un corto circuito, éste no ocurre debido a la idea de que se trata de un país

recintos donde se reúnen las distintas “élites de poder”, la voz de los ciudadanos y ciudadanas no se escucha. Para eso están los expertos y sus recetas” (Gómez Leyton, 2010:288).

⁷ Diversos análisis al respecto (ver Amin, 2001b; Moulian, 2002, 2004, 2009; Osorio, 1997; Roberts y Portes, 2006; Roitman, 2006) apuntan a señalar la tendencia a la despolitización y la atomización social como una característica propia de la política del capitalismo en su fase actual o neoliberal.

⁸ “La pasión homicida contra las ideologías oculta un acto ideológico, que es suponer que los fines provienen de afuera de la política y están colocados allí por las leyes inderogables de la historia” (Moulian, 2002:63).

⁹ Las cifras que se manejan al respecto parecieran verificar dicha hipótesis: “La extensión del crédito es de tal dimensión que actualmente los supermercados ofrecen líneas de créditos a mujeres ‘dueñas de casa’ que no necesariamente poseen ingresos propios. También se han abierto líneas de créditos para jóvenes, ya sea estudiantes o profesionales. En los últimos 13 años las tarjetas de crédito de las grandes tiendas se han disparado desde 1,3 millón a siete millones, según la Cámara de Comercio de Santiago. Y las tarjetas de crédito bancarias aumentaron en un 43 por ciento sólo en cuatro años” (Gómez Leyton, 2010:362).

ganador, que se asienta y se expande entre aquellos que se sienten integrados (sectores populares y capas medias) debido a que “han conquistado en este sistema una forma particular de ciudadanía: (...) la del placer y el sacrificio del consumo” (Moulian, 2002:99).

Se trataría de un modelo que agudiza la explotación de los trabajadores que, sin embargo, les retribuye al mismo tiempo en la esfera del consumo. Surge entonces la noción de “ciudadano-consumidor” o “ciudadanía crediticia”, pues en el momento en que los ciudadanos no pueden pagar, su ciudadanía se desvanece y ya no participan más que a través del sufragio.¹⁰

Ahora bien, es posible apreciar que durante los últimos cuarenta años en Chile se ha generado una serie de contradicciones cuya sutura ha permitido establecer un modelo de legitimidad para el patrón de reproducción de capital y su institucionalidad, a partir de la cual se reproduce la sociedad chilena. Por un lado, la precarización y flexibilización del trabajo, el sometimiento de éste ante el capital, así como la disminución de la incidencia directa de los salarios en la realización de la producción mercantil de la economía nacional, han sido contrarrestados con la instalación del consumo como mecanismo que ofrece, en apariencia, la posibilidad de realización de los “individuos” ante el resto de la sociedad, al mismo tiempo que va conformando un componente básico en la generación de la identidad frente a los otros. Asimismo, el crédito permitiría tener un margen de participación en el mercado, aun a costa de la sumisión a las regulaciones establecidas por el sistema político-económico y la auto explotación.

Por otro lado, si bien la transición de un régimen dictatorial a la democracia ha sido ampliamente celebrada, lo cierto es que el resultado ha sido la instalación de una democracia meramente formal y de una política –separada de lo económico– cada vez más despolitizada. La sutura, al igual que en el caso anterior, viene de la mano

¹⁰ “La ciudadanía patrimonialista, propia del orden neoliberal, se configura sobre dos ejes fundamentales: por un lado, la idea del ciudadano propietario; por otro, la autorregulación como base de la autonomía individual. La dinámica de la reestructuración capitalista, impulsada por el capital financiero y mercantil, desembocó en la reprivatización de lo social y la mercantilización de los derechos sociales y económicos de los cuales eran propietarios los ciudadanos en la fase industrial del capitalismo. La expropiación política y social por parte del capital de los derechos de los trabajadores y ciudadanos en general dio lugar a una etapa de instalación del neoliberalismo a un ciclo de protestas y de resistencias populares y sociales desde la sociedad civil. El reclamo político exigía la reposición y la devolución de los derechos expropiados. Sin embargo, la fuerza de la idea de la obtención de “propiedad” vía la participación individual en el mercado, la resistencia del capital a la resocialización de esos derechos ahora convertidos en bienes mercantilizados y, sobre todo, la seducción mediática del acceso a la propiedad como objeto de deseo y de poder puso fin a la exigencia inicial de la ciudadanía tradicional” (*Ibid.*:360).

del consumo y la canalización que se hace a través de éste de la idea de participación ciudadana. Ante una política que no permite tener una real injerencia, la idea de ciudadanos-consumidores ha tomado cada vez mayor fuerza.

Palabras finales

La realidad chilena contemporánea se enmarca en el proceso de transformación del patrón de reproducción del capital. La crisis del patrón industrial propició a su vez una crisis económica y política en lo que fue una metamorfosis de esa reproducción. El modelo económico surge como respuesta creativa a las necesidades de la reproducción de capital, en lo que es una síntesis de determinaciones históricas internas y externas. Dicho patrón, caracterizado por rupturas reales en el ámbito de las clases trabajadoras –reducción de los salarios, aumento de la inseguridad laboral y de la explotación, etcétera– alcanza formas de legitimidad principalmente mediante dos mecanismos: el acceso al consumo –que “diluye” las desigualdades en la participación a través del mismo–, y el retorno a la democracia formal, marcado por una visión que establece la ruptura entre lo económico y lo político como ámbitos ajenos entre sí.

La ilusión de participación como opuesta al autoritarismo de la dictadura permite mistificar la dimensión política del patrón de reproducción del capital que sigue imperando, el cual lleva inscrita la imposición del proyecto de un sector específico del capital nacional y extranjero en desmedro de otros sectores de la burguesía y, sobre todo, de las clases trabajadoras que, convertidas en ciudadanas sin capacidad de incidir en la vida en común, se sienten partícipes en la vida política y económica por medio de las elecciones y el consumo, respectivamente.

Así, el triunfo de un proyecto político cristalizado en la modalidad específica de reproducción del capital se ha naturalizado como algo técnico exterior a la discusión política. Pero es precisamente esa naturalización lo que ha empezado a ser cuestionado por la reciente movilización social, lo que hace pensar en el eventual fin del patrón de legitimidad asociado al patrón de reproducción del capital, con una consecuente y creciente pérdida de legitimidad de las estructuras tanto económicas como políticas.

El particular patrón de legitimidad política que operó eficazmente durante las décadas de 1990 y 2000 ha comenzado a mostrar fisuras importantes, pues la crítica al modelo económico como imposición ilegítima, y la crítica al sistema político como producto de una imposición de la dictadura que deja poca incidencia real a los electores en las decisiones que realmente les importan, han sido crecientes. La ilusión democrática se torna cada vez menos creíble para muchos.

Bibliografía

- ANDERSON, Perry (2003), “Neoliberalismo: un balance provisorio”, en Emir SADER y Pablo GENTILI (compiladores), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Buenos Aires, CLACSO, segunda edición, [en línea] Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe, de la Red de Centros Miembros de CLACSO. Dirección URL: <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/trama/anderson.rtf>>, [consulta: 28 de agosto de 2013].
- AMIN, Samir (2001a), *Crítica de nuestro tiempo. A los ciento cincuenta años del Manifiesto Comunista*, México, Siglo XXI.
- AMIN, Samir (2001b), “Imperialismo y Globalización”, [en línea] Periódico *Rebelión*, sección opinión, 28 de junio. Dirección URL: <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=4554>>, [consulta: 11 de agosto de 2013].
- CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS (CEP) (1992), *El ladrillo. Bases de la política económica del gobierno militar chileno*, Santiago de Chile, CEP.
- CEPALSTAT (2014), *Base de datos y publicaciones estadísticas*, [en línea] CEPAL, Naciones Unidas 2000-2014. Dirección URL: <http://estadisticas.cepal.org/cepalstat/WEB_CEPALSTAT/Portada.asp>, [consulta: 24 de febrero de 2014].
- CUEVAS VALDÉS, Pablo (2012), “Campesinado ‘histórico’ y neoliberalismo en Chile: la articulación entre las unidades domésticas rurales y el nuevo patrón de reproducción del capital en el sector silvoagropecuaria (frutícola y forestal)”, [en línea] México, FLACSO. Dirección URL: <http://www.flacso.edu.mx/biblioiberoamericana/TEXT/MCS_XVIII_promocion_2010-2012/Cuevas_PA.pdf>, [consulta: 30 de agosto de 2013].
- DUMÉNIL, Gérard y Dominique LEVY (2007), *Crisis y salida de la crisis: orden y desorden neoliberales*, México, Fondo de Cultura Económica.
- FOXLEY, Alejandro (1984), “Después del monetarismo”, en Andrés SOLIMANO, José Pablo ARELLANO, Alejandro FOXLEY, Patricio MELLER, Oscar MUÑOZ, Ricardo FFRENCH-DAVIS, *Reconstrucción Económica para la Democracia*, Chile, Aconcagua.
- FFRENCH-DAVIS, Ricardo (2002), “El impacto de las exportaciones sobre el crecimiento en Chile”, en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, núm. 76.
- FFRENCH-DAVIS, Ricardo (2004), *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad: tres décadas de política económica en Chile*, Argentina, Siglo XXI.
- GARRETÓN, Manuel Antonio (1984), *El proceso político chileno*, Santiago de Chile, FLACSO.
- GARRETÓN, Manuel Antonio (2012), *Neoliberalismo corregido y progreso limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*, Santiago de Chile, ARCIS/CLACSO.
- GÓMEZ LEYTON, Juan Carlos (2010), *Política, democracia y ciudadanía en una sociedad neoliberal (Chile: 1990-2010)*, Santiago de Chile, ARCIS/CLACSO.

- GUNDER FRANK, André (1979), *Acumulación dependiente y subdesarrollo*, México, Era.
- HARVEY, David (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- MARINI, Ruy Mauro (1976), *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, México, Era.
- MOULIAN, Tomás (2002), *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- MOULIAN, Tomás (2004), *De la política iletrada a la política analfabeta. La crisis de la política en el Chile actual y el "lavinismo"*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- MOULIAN, Tomás (2009), *Contradicciones del desarrollo político chileno, 1920-1990*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- OSORIO, Jaime (1997), *Despolitización de la ciudadanía y gobernabilidad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- OSORIO, Jaime (1999), "Nuevos ejes productivos en el modelo exportador latinoamericano. Los casos de Chile y México", en *Economía: Teoría y Práctica*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, núm. 10.
- OSORIO, Jaime (2004), *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*, México, Miguel Ángel Porrúa, Colección "América Latina y el Nuevo Orden Mundial".
- OSORIO, Jaime (2009), *Explotación redoblada y actualidad de la revolución: refundación societal, rearticulación popular y nuevo autoritarismo*, México, Ítaca/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- OSORIO, Jaime (2012), *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*, Barcelona, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- PORTES, A. y K. HOFFMAN (2003), "Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal", [en línea] Serie Políticas Sociales, núm. 68, División de Desarrollo Social CEPAL. Dirección URL: <<http://www.eclac.org/publicaciones/xml/1/12451/lcl1902e-p.pdf>>, [consulta: 09 de enero de 2014].
- REPETTO, Andrea, Pablo GARCÍA y Patricio MELLER (1996), "Las exportaciones como motor de crecimiento: la evidencia chilena", en Patricio MELLER (coordinador), *El modelo exportador chileno*, Santiago de Chile, Corporación de Estudios para Latinoamérica.
- ROBERTS, Bryan y Alejandro PORTES (2006), "Coping with the Free Market City: Collective Action in Six Latin American Cities", en *Latin American Research Review*, vol. 41, núm. 2.
- ROITMAN, Marcos (2006), *Las razones de la democracia*, México, Siglo XXI.
- SANTANA, Roberto (2006), *Agricultura chilena en el siglo XX: contextos, actores y espacios agrícolas*, Santiago de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1989), *El capitalismo histórico*, México, Siglo XXI.
- WRIGHT MILLS, Charles (1956), *La élite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica.

ZAPATA, Francisco (1985), "Crisis económica y movilización social en Chile (1981-1984)", en *Foro Internacional*, México, El Colegio de México, vol. 26, núm. 2 (102), octubre-diciembre.

Recibido: 2 de septiembre de 2013

Aprobado: 23 de enero de 2014